

LECCION X.

MADISON.—FRANKLIN.

SEÑORES:

La revolucion americana ha pasado por tres fases distintas: hay, por decirlo así, tres actos en ese gran drama que comenzó por la emancipacion de las colonias y terminó con la instalacion del gobierno libre de 1789.

En el primer período (el que corre en 1763 á 1775), no se pasan los límites de la igualdad: la Inglaterra manifiesta pretensiones contra las cuales protestan los americanos; se disputa, y poco á poco va propagándose la idea de una separacion. En esa época los principales personajes son abogados, hombres que hablan y escriben, James Otis en Boston y Patrick Henry en la Virginia.—En Inglaterra Franklin defiende los derechos de sus compatriotas: Washington no ha salido aún á luz, nadie piensa en la guerra. El año pasado estudiamos aquel período. El segundo acto comienza con el Congreso revolucionario de 1775, y se extiende hasta fines de 1782. Es el reinado de la guerra, la espada ha salido de la vaina, Washington ocupa el primer puesto en el corazon de sus compatriotas.—Otros hablan y escriben como Samuel y John Adams, Jefferson, el redactor de la declaracion de la independencia, y otros varios. Estudiamos este período en el primer semestre.

Llega, en fin, el tercer acto: existe un gobierno impotente, la confederacion no es bastante fuerte para reunir en una haz al pueblo de los

Estados- Unidos. Entónces aparecen nuevos actores en la escena: son los hombres llegados durante la revolucion, que no han conocido el poder inglés, que se hallan animados del espíritu revolucionario, y que quieren dar á su país no ya centralizacion, sino unidad. Estos son jóvenes, Hamilton que cuenta apenas treinta años, y Madison treinta y seis.—Los hombres de la revolucion han luchado tanto contra la tiranía, que miran el poder con horror, como los que combaten la supersticion acaban por mirar con horror la religion misma. Capaces de destruirlo todo, son incapaces de crear nada. Es preciso que tomen la direccion de los negocios hombres jóvenes, nuevos, mas moderados, que no hayan tenido que sufrir en la lucha con la Inglaterra. Hamilton y Madison son los que han contribuido mas á dar la Constitucion.—Os he hecho ya la biografía del primero; hoy os hablaré de Madison, y de un anciano que coronó su vida haciéndose el campeon de la Constitucion, Franklin.

Madison nació en 1751, en el condado de Orange, en Virginia; pertenecia á una de esas familias ricas que vivian en sus tierras, como la *gentry* inglesa. Recibió una esmerada educacion, y figuró muy temprano en la vida pública. En los países muy poblados, en las grandes ciudades, hay á menudo muchos hombres capaces que se encuentran ahogados por la multitud, y no pueden formarse un nombre: pero en aquellos donde la poblacion está mas repartida, y la administracion comunal se halla confiada á las familias mas acomodadas, un hombre puede hacer su carrera temprano, y por esto es que en América, como en Inglaterra, se adquiere pronto la práctica de los negocios públicos.

Madison, educado en Princeton (Nueva-Jersey), volvió á Virginia en 1773, y se inscribió en la matrícula de abogados. En 1776, fué enviado á la convencion que redactó la Constitucion de Virginia.—Allí hizo sus primeras armas, teniendo la rara fortuna de reformar, cincuenta y tres años mas tarde, esa Constitucion obra de sus primeros años. En 1780 le enviaron al Congreso, dando principio á su vida política. Allí se encontró al lado de Hamilton, partidario como él de la unidad nacional. En esa asamblea prestó verdaderos servicios.

Despues de la paz de 1781, recordaréis que el Congreso, destituido de recursos, se vió en la imposibilidad de obrar tanto en el interior co-

mo en el exterior. Hamilton pedia á los Estados que consintiesen en un impuesto de aduana que habria dado al Congreso un elemento de poder y de dinero.—Madison fué encargado en 1783 de redactar el manifiesto que exigia este sacrificio á los Estados; documento que ha adquirido celebridad.—Rara vez se ha empleado mas noble lenguaje, ni hecho sentir mejor á un país que tiene deberes que llenar, y que la honradez es su mayor interes.

Madison salió del Congreso en 1783. Tal era el terror que habia inspirado la revolucion contra el despotismo, y tal la excitacion de los ánimos contra la Inglaterra, que se temia siempre que algunos miembros del Congreso se convirtiesen en tiranos, pretendiendo eternizarse en el poder. Fué entónces cuando idearon el proyecto de que nadie pudiese permanecer por mas de tres años en el Congreso, estableciendo lo que denominaron sistema de rotacion; en otros términos, que cuando un hombre habia hecho su aprendizaje político, fuese despedido para que lo reemplazase un diputado inepto.

Mal sistema que han abandonado ha mucho los americanos, que son hombres muy prácticos. La política es un oficio que exige aprendizaje como los demas, y cuanto mas envejece un hombre en él, mayores son los servicios que puede prestar.

En Virginia cupo á Madison la suerte de poner su nombre en uno de los actos mas importantes de la revolucion americana, uno de los que mas influencia han tenido en los destinos de la América, y que á mi ver está llamado á ejercer una accion decisiva en los destinos del continente europeo. La Virginia habia sido constituida por medio de una carta: en ella se habia procurado sancionar inmunidades para la Iglesia anglicana, y decidido que los ciudadanos contribuirían al sostenimiento del culto nacional, sin consideracion á su creencia. El resultado de este privilegio fué el que tiene en todas partes del mundo crear una Iglesia oficial ó religion de Estado. Esta habia permanecido adherida al poder que la pagaba, y el pueblo la miraba con horror, pues conservaba sus simpatías realistas, y se mantenía realista mientras todos eran republicanos. Poca era, pues, la simpatía que contaba en su favor. Ahora bien, un hombre que sin ser muy buen cristiano, preciso es confesarlo, no por eso dejaba de ser grande amigo de la libertad, Jefferson, propuso un bill para el establecimiento de la liber-

tad religiosa. Jefferson partió de una idea perfectamente justa; pero que han oscurecido en Europa siglos de preocupaciones; que al Estado compete solo el arreglo de ciertas cosas, y que entre éstas no se encuentran las relaciones entre el hombre y Dios, los derechos de la conciencia. Es necesario, pues, sacar del terreno de la política la libertad de conciencia: ahora bien, esta libertad implica necesariamente para cada uno el derecho de reunirse con los que piensan como él, y por consiguiente, el deber de pagar su Iglesia, sin pedir á un tercero que piense de otra manera, que contribuya al sostenimiento de un culto que no sea el suyo. Esta idea fué acogida con cierto asombro en la asamblea de Virginia y no quisieron ir tan léjos como Jefferson lo pedía. El bill fué aplazado: el año siguiente mandaron á Jefferson á Francia, y Madison volvió á agitar la cuestion. Madison no tenia el mismo temple que Jefferson; era un carácter moderado, y por su moderacion misma, hacia triunfar las causas que sostenia. El bill pasó, y desde ese momento fué ley de la Virginia.

Los Estados vecinos la fueron aceptando sucesivamente, Massachusetts ha sido el último en adoptar la libertad religiosa en 1835. Pero hoy que se disfruta plenamente de ella, no puede explicarse cómo haya podido rehusarse por tanto tiempo lo que es una ventaja para la Iglesia, para los fieles, y en último análisis, para la religion y para el Estado.

Madison continuó en la asamblea de la Virginia la obra que habia comenzado en el Congreso. Quería llegar á constituir un poder central, á fundir los intereses comunes de las trece colonias, de manera que pudiese darse á la América la cabeza que le faltaba. Efectivamente, la América era entónces un gran cuerpo sin cabeza: la Virginia estaba interesada en que el comercio fuese reglamentado de una manera uniforme.—No era un país comercial; por consiguiente tenia que sufrir por los derechos particulares que pagaban á su entrada las mercancías de Europa, de las Antillas. Además, la Virginia tenia sus diferencias con Maryland, por las aguas comunes á ambos Estados. Madison propuso formar una convencion en la que ciertos delegados de Estados sancionasen una legislacion uniforme para todos los interesados. Esta fué la convencion de Annapolis, en la cual se encontró con Hamilton en 1785.

Hamilton comprendió desde el primer momento que no podía hacerse nada; pero que era posible aprovecharse de esa situacion para hacer un llamamiento al país para que se salvase por sí mismo.—Hamilton propuso, pues, una convencion que se reuniria en Filadelfia. Madison concurrió á este plan, del cual debia nacer la grandeza de América. En seguida se volvió á Virginia. Este Estado habia sido el director de la revolucion. La agitacion política se encontraba á la sazón en Massachusetts; pero la Virginia por sus antecedentes, por la riqueza de sus habitantes, por el gran papel que hacian allí sus ricos propietarios con sus negros, no dejaba de mantener su importancia. Era la aristocracia colonial.

Si la Virginia se pronunciaba en favor de la revision, los demas Estados debian seguir su ejemplo. Madison acabó por ganarse todos los votos, y el 4 de Diciembre de 1786 ese Estado declaró, ántes que los otros, que queria una reforma de la Constitucion, y nombró delegados para la futura convencion. A la cordura de Madison se debe que figurase entre estos Washington, cuyo gran nombre arrastró á los indecisos. ¡Bellos servicios en verdad para un hombre de treinta y cinco años!

Madison recibió su recompensa viéndose inscrito como candidato á la cuarta convencion federal, en la que ocupó un lugar distinguido. Muy luego comprendió que se trataba de hacer un grande experimento, cual era, saber si la república era posible en un inmenso territorio, sin precedente en la historia, pues la antigüedad nos muestra pequeñas ciudades viviendo como repúblicas; pero este sistema era solo municipal. Cuando Roma quiso constituir una gran República, se convirtió en un imperio, en democracia sin representacion, sin garantías políticas, librada al capricho de la soldadesca. Los Países-Bajos solo habian sido una coleccion de republiquetas que no habian sabido procurarse la unidad necesaria para formar un gran país. La América queria serlo: Madison la comprendia, y procuraba organizar del mejor modo posible el poder nacional, á fin de constituir la República. Su conviccion era, que asistia á una obra decisiva para la América y para la humanidad. Así es que, miéntras sus colegas se ocupaban de lo que tenian que hacer en la asamblea, él consagraba sus noches á tomar nota de lo que se decia.—Estas actas, conocidas bajo el nombre

de «Papeles de Madison,» que se publicaron cincuenta años mas tarde, son hoy uno de los mejores comentarios de la Constitucion.

Las ideas de Madison, por lo demas, eran mas prácticas que las de Hamilton. Este soñaba con una república aristocrática: la Inglaterra con un presidente en vez de un rey, y senadores vitalicios en lugar de lores hereditarios. Madison por el contrario, queria una organizacion enteramente democrática, pero con un poder ejecutivo muy vigoroso, y dos Cámaras. Consideraba que la Constitucion de una sola Cámara seria mortal para la República; queria ademas un poder judicial independiente: en dos palabras, un gobierno bastante fuerte para mantener la unidad, pero impotente para sofocar la independencia local. Madison fué quien concibió la Constitucion mas precisa para los Estados-Unidos, y sin ser un espíritu trascendental, poseia el buen juicio, que es una de las principales virtudes que la política requiere.

Despues de cuatro meses de trabajo, la Constitucion fué votada sin que nadie estuviese satisfecho de ella, acaso porque era excelente; Madison comprendió la necesidad de sostenerla. Hoy piensan generalmente que ese documento fué admitido por aclamacion: sucedió todo lo contrario.

Los autores de la Constitucion se vieron acusados de usurpadores de la soberanía, de haber engañado á Washington, segun decian, imaginando crear un despotismo en su favor. Entre los patriotas mas exaltados, se manifestó una oposicion violenta contra ese trabajo que debia adoptar el pueblo. Los hombres mas importantes de la revolucion, los que habian figurado desde 1763 hasta 1787, no tenian la menor idea de semejante consolidacion de poder. Habiendo pasado su vida combatiendo contra la Inglaterra, les parecia que la primera condicion de la libertad estribaba en la debilidad de poder. Como la Constitucion restringia la independencia local, este nuevo sistema de gobierno que hacia de la América un gran Estado, que anulaba las antiguas colonias, tenia algo de extraño para los que habian vivido por tantos años bajo el imperio de ideas tan opuestas.

El primer medio de triunfar de esta oposicion era la prensa; el pueblo debia fallar sobre esa Constitucion; era menester dirigirse á él. Madison se asoció á Hamilton y á Jay para dar á luz *El Federalista*. El primer papel en esta polémica le cupo á Hamilton, espíritu vi-

vo y filosófico: Madison era una inteligencia mucho ménos poderosa. Este redactó cerca de una tercera parte del periódico: sus artículos abundan en buen sentido: no son como los trozos que nacen de la pluma de Hamilton, páginas que merecen traducirse, y que hoy mismo nos interesan; pero todo cuanto podia decirse de sensato en las cuestiones debatidas pertenece á Madison.

El Federalista producía cierta impresion en el ánimo de sus lectores, pero los que leían no formaban mayoría. Madison se trasladó entónces á la legislatura de Virginia, con el objeto de prestar un servicio supremo á su país.

La Constitucion habia sido elaborada por una convencion y adoptada por el Congreso y despues sometida á cada colonia: en otros términos, en cada colonia, el pueblo nombraba una convencion que la discutia de nuevo: era el pueblo quien la examinaba trece veces en otras tantas convenciones de los Estados. En Virginia esta se hallaba reunida, Madison hacia parte de ella, y quizá en esto fué en lo que mereció bien de la patria.

Segun el uso establecido, era necesario el voto de nueve Estados para que se considerase aceptada la Constitucion: infirieron entónces que si esto se verificaba, los demas Estados no querrian quedarse separados de la Union, y que se iria adelante con la nueva organizacion política. Siete Estados se habrian pronunciado ya por la aceptacion; habia casi seguridad del octavo, el Nuevo-Hampshire. El voto de la Virginia era, pues, de suma importancia; pero en esta convencion se encontraban personas de mucha valía, que no querian la Constitucion; á la cabeza de estas se encontraba Patrick Henry, el mas ardiente y elocuente orador virginiano, primer apóstol de la revolucion. No queria la Constitucion por motivos que en el dia parecerán bien singulares. Los Estados del Sur se han separado de los del Norte, pretendiendo que la Constitucion federal permitia á cada Estado separarse de la Union, que la Constitucion federal no era mas que un tratado de alianza entre Estados soberanos, y que, toda vez que uno de estos considerase muy gravoso el pacto, podia desligarse de él. Pues bien, hace setenta años, esa misma gente del Sur no queria la Constitucion, porque destruía la soberanía de los Estados, estableciendo un poder central; es decir, atacaban la Constitucion hace setenta años, repro-

chándole el ser, lo que en efecto es, mientras otros tantos años mas tarde debian negarle ese carácter, por contemporizar con las pasiones del momento.

«¿Cómo? decia Patrick Henry, ¿principiais vuestra Constitucion diciendo: *Nos, el pueblo de los Estados- Unidos*, hemos decidido tal cosa?..... Debeis decir *nos los Estados*, porque no hay pueblo americano, sino trece Estados soberanos. Usurpais la soberanía, invocando el nombre del pueblo.»

Fácil era la respuesta: el acto redactado en Filadelfia era un proyecto que debia adoptar el pueblo: el notario habla siempre en nombre de su cliente. Al pueblo americano, pues, era á quien incumbia suscribir y apropiarse aquel acto. Pero para Patrick Henry eso era la subversion de cuanto habia visto. Hombres de importancia le prestaban su apoyo, como Georges Mason y Monroe, sucesor de Madison en la presidencia. Dudoso era el resultado del voto; habia sesenta y ocho miembros, y la convencion se hallaba dividida: aquí fué donde triunfó el excelente espíritu de Madison. Poseia este orador el raro talento de no herir á sus adversarios: nosotros tenemos abogados muy hábiles, que no tienen mas preocupacion que el efecto que harán sus discursos en el diario del dia siguiente, y siempre que hayan punzado y torturado bien á los ministros, el país aplaude sus discursos. Pero no es así como deben dirigirse los negocios públicos: el verdadero político es el que se ocupa mas de la causa que defiende que de su vanidad individual, evitando cuanto pueda herir y procurando atraer á todos los partidos á favor de su cliente, la libertad.

Tal era el talento de Madison. Despues de una discusion que duró veinte dias, obtuvo una mayoría de ocho votos, que decidió de la suerte de la Constitucion. Esta es la mas bella página de su vida, la que mas nos cautiva. Mas tarde ha desempeñado un gran papel político, pero ajeno al cuadro de nuestros estudios: así es que me concretaré á pocas palabras sobre él. Madison era el amigo de Jefferson; este ha ejercido sobre el primero una influencia preponderante. Jefferson era el gefe del partido que ha querido engrandecer siempre los Estados á expensas de la Union, y que en todas las contiendas entre los poderes locales y el central, ha avanzado la fatal idea de *mulificacion*, es decir, de *separacion*.

Madison, ministro de Jefferson desde 1801 hasta 1809, su sucesor despues en la presidencia de los Estados- Unidos, desde 1809 hasta 1817, solo ha sido el continuador de su maestro. Él y Monroe fueron los intérpretes de la política de Jefferson, y para explicarme mejor, puede decirse que el pensamiento de este ha imperado durante veinticuatro años, haciendo desviar la Constitucion de los Estados- Unidos de su verdadera senda.

Madison se retiró de la vida pública en 1817, y murió en 1835, cargado de años y de gloria. Fué un hombre honrado cuya vida ha sido útil á su país; pero á mi ver, la mejor parte de esta vida tan larga y bien empleada, fué la primera. Siendo justo para con él puede decirse que lo mas grande que ejecutó fué la obra de su juventud, cuando asociado á Hamilton concurrió á fundar la libertad.

En la convencion de Filadelfia se encontraba al lado de Madison y un escalon mas arriba del suyo, un anciano de ochenta y dos años, el Nestor de la América, Benjamin Franklin. ¿Quién no conoce en Francia ese rostro lleno de maliciosa simplicidad? Franklin habia regresado de Francia en 1785. En Paris y en Versalles supo captarse las mas altas inteligencias bajo el exterior de un simple agricultor de la Pensilvania. El buen Franklin, que no usaba peluca empolvada, sino su calvicie y su baston de manzano, era el diplomático mas penetrante y astuto de cuantos vió la Francia, donde prestó grandes servicios á su país. Habiendo regresado á América muy achacoso de la piedra y cargado de años, sin consultar sus fuerzas le nombraron delegado á la convencion, por Pensilvania. Representaba allí el siglo pasado. Muchos de sus colegas, como Hamilton nacido en 1757, como Madison en 1751, debian mirar como antepasado al político que en 1754, cuando nadie pensaba en la Union, la habia propuesto al Congreso de Albany. Franklin pasó gran parte de su vida en Inglaterra y en Francia (desde 1757 hasta 1780), pero se encontraba en América en los momentos mas importantes: en 1776 firmó la declaracion de la independencia, y mas tarde la Constitucion. Era el buen genio de la confederacion americana: presente siempre en los momentos de crisis para infundir aliento á los tímidos y viveza á los ménos despiertos.

Franklin no podia ser el primer personaje de la convencion: era un hombre muy ducho que nunca habia salido mal en sus empresas; pero

esta clase de individuos, por útiles que sean para sí mismos, para sus familias, y para su país, son por lo comun de poca elevacion. Tal es la impresion que produce la lectura de los escritos de Franklin; todo respira en ellos agudeza y juicio, pero limitados. En política, habia llevado de Francia ideas tomadas de Turgot y de los filósofos de aquella época, y esta adopcion fué poco feliz. Por ejemplo, la apropiacion de la idea de dos asambleas, de las cuales decia que se le figuraban un carro con un caballo atras y otro adelante, tirado en opuesto sentido. La comparacion era chistosa, en efecto, lo cual no impedia que Franklin desconociese el aspecto importante de la cuestion, que una sola asamblea es necesariamente un poder sin contrapeso ni responsabilidad, es decir, el peor de los despotismos, con todos los arranques, con todas las pasiones y debilidades de ese mal gobierno. La asamblea única es la hidra de muchas cabezas, poder debilísimo y violentísimo al mismo tiempo. La historia no ofrece ejemplo de asamblea única que no haya llevado á los pueblos hasta la revolucion, hasta la anarquía, hasta el despotismo, su heredero ordinario: argumento es este que el chiste mas ingenioso no puede rebatir. Franklin llevó igualmente de Francia la idea falsísima de que el presidente de una república y los principales funcionarios no deben ser retribuidos. Esta falta de sueldo constituye forzosamente una aristocracia, sin aumentar el número de gente virtuosa: es menester recordar siempre el dicho de Talleyrand, á propósito de no sé qué empleado: «¿No pide nada? Pues ha de costar muy caro.»

Si ciertas ideas políticas de Franklin no eran perfectas, en cambio llevaba á la convencion un grande elemento de concordia y de paz: Franklin, ese patriarca respetado por todos, temido por su chispa y por su malicia, podia permitirse decir la verdad á todos sin ofender á nadie. Cuando las pasiones se agitaban en extremo, tenia por costumbre recordarles que se encontraban en la convencion para dar una Constitucion á la América, no para reñir; y á los que le contestaban que no podian desdecirse, contestaba que no era siempre prueba de sensatez el no cambiar de opinion.

Terminada que fué la Constitucion, Franklin, que no gustaba de ella, pero que conocia la necesidad de establecer un gobierno, hizo leer por Wilson el siguiente discurso, testamento político digno de su autor.

«Señor presidente: Confieso que cierta parte de la Constitucion no tiene por ahora mi aprobacion; sin embargo, no sé si la tendrá alguna vez. He vivido mucho tiempo y la experiencia me ha obligado á menudo á cambiar de opinion sobre materias importantes: creia tener razon; pero, mejor informado, estudios mas profundos me demostraban lo contrario.»

«Ved por qué, cuanto mas envejezco, me siento mas inclinado á dudar de mi propio juicio y á respetar el ajeno. La mayor parte de los hombres, en verdad, así como la de las religiones, se creen poseedores exclusivos de la verdad, pareciéndoles que todo lo que difiere de sus opiniones es errado. El protestante Steele decia al Papa en cierta dedicatoria, que la única diferencia entre ambas Iglesias, respecto á certidumbre de doctrina, estribaba en que *la Iglesia romana era infalible*, y la de Inglaterra *no se equivocaba nunca*. Sin embargo, aunque mucha gente no deje de tener una idea tan elevada de su propia infalibilidad como de la de su secta, hay pocas que lo demuestren tan candorosamente como una dama francesa que disputando con su hermana, le decia: «Hermana mia, no sé por qué será que siempre tengo yo razon en cuanto sostengo contrario.»

«Bajo la impresion que me domina acepto esta Constitucion con todos sus defectos, si es que los tiene, porque pienso que necesitamos un gobierno general, y que toda forma de gobierno llega á ser una bendicion para el pueblo, siempre que se le administre bien. Ademas, creo que nuestro gobierno será bien administrado por muchos años y que no se convertirá en despotismo (como ha sucedido á tantos otros americanos), sino cuando el pueblo se haya corrompido y requiera un despotismo por incapacidad de soportar otra especie de gobierno.»

«Dudo tambien que tengamos probabilidad de tener una Constitucion mejor que la presente, formando otra convencion; porque, cuando se reune cierto número de personas para aprovechar la suma de sus luces, se reunen inevitablemente con todos esos hombres sus preocupaciones, sus pasiones todas, y tambien todas sus ideas falsas, sus intereses locales, y su egoismo entero. En una asamblea compuesta de esta manera, ¿es posible esperar una obra perfecta? Por el contrario, me admiro de ver que nuestro trabajo se acerque tanto á la perfeccion, y pienso que asombrará á nuestros enemigos, que esperan

«confiadamente la nueva de que nuestras asambleas han caido en la
«confusion que se apoderó de los constructores de Babel, y que nues-
«tros Estados están á punto de separarse para no volverse á acercarse
«sino para decapitarse recíprocamente.

«Yo acepto, pues, esta Constitucion, porque no espero otra mejor,
«y ademas, porque no estoy seguro de que no sea la mejor; sacrifico
«al bien público la opinion que me he formado sobre sus defectos. Nun-
«ca la he criticado fuera de este recinto; dentro de él han nacido y de-
«ben morir mis dudas.

«Si al volver al lado de nuestros comitentes, cada uno de nosotros
«debiese llevarles sus objeciones y procurar hacerse de prosélitos, im-
«pediriamos que la Constitucion fuese admitida por la generalidad, y
«perderiamos todos los efectos saludables y las grandes ventajas que
«puede procurarnos en el extranjero ó en nuestro país, la unanimidad
«real ó aparente. La fuerza y la eficacia de un gobierno para procu-
«rar ó asegurar la felicidad del pueblo, dependen mucho de la opinion
«general que se forme respecto á la bondad del gobierno mismo, como
«tambien de la sabiduría ó integridad de los que gobiernan.

«Espero, pues, que consultando nuestro propio interes, como miem-
«bros de la nacion, y el interes de la posteridad, obraremos cordial y
«unánimemente para recomendar esta Constitucion por doquiera se
«extiende nuestra influencia; y que dirigiremos en adelante nuestros
«esfuerzos y nuestros pensamientos á investigar los medios de hacerla
«cumplir exactamente.

«En resumen, yo no puedo prescindir de manifestar el voto de que,
«si alguno de los miembros de la convencion tiene objeciones que opo-
«ner á la Constitucion, ese individuo tenga á bien hacer lo que yo,
«dudar un poco de su propia infalibilidad, y firmar este acto para ma-
«nifestar nuestra unanimidad.»

La proposicion de Franklin no fué aceptada; tres personas, Ran-
dolph, Mason y Elbridge Gerry, no firmaron la Constitucion; el pri-
mero por una dificultad nacida de su situacion, pues habia sostenido
la Constitucion ante la convencion de Virginia: los otros dos, por odio
al gobierno *consolidado ó centralizado*. Sin embargo, puede decirse
que la influencia de Franklin fué benéfica, y que merced á él, la ma-
yoría fué quizá mas considerable.

Franklin tuvo una expresion digna de Sócrates, en los momentos de
firmar la Constitucion. Detras del sillón presidencial, del asiento que
ocupaba Washington, se hallaba un cuadro muy mediocre que repre-
sentaba un efecto de sol. Franklin, señalando ese cuadro á los que se
hallaban cerca de él, les dijo: «Los pintores declaran que en su arte
«es muy difícil distinguir una salida, de una puesta de sol. En el cur-
«so de esta sesion, en medio de las alternativas de temor y de esperan-
«za, he mirado muchas veces esta pintura sin acertar á explicarme si
«era un sol naciente ó un poniente el que se habia querido represen-
«tar en ella; pero ahora veo con gran satisfaccion que es un sol na-
«ciente.»

En efecto, era el sol de la libertad que despuntaba sobre la Améri-
ca y sobre el mundo.

Quando se sometió la Constitucion al sufragio popular, Franklin
estaba expirando: no podia formar parte de una convencion de Esta-
do; pero podia escribir todavía, y sabeis que sus últimos escritos no
son los ménos notables, especialmente el referente á la esclavitud, que
es una de sus obras mas ingeniosas. Es imposible combatir esta abo-
minable institucion con argumentos mas vigorosos.

El escrito que publicó Franklin en favor de la Constitucion, es una
parábola titulada: *Comparacion de la conducta de los antiguos ju-
dios, con la de los antifederalistas en los Estados-Unidos*.

«Un celoso abogado de la Constitucion federal ha dicho en cierta
«asamblea, que la repugnancia de la mayoría de los hombres por una
«buena Constitucion era tan grande, que si un ángel nos trajese del cie-
«lo una Constitucion hecha á propósito para nosotros, esta tendria con-
«tra sí una oposicion violenta.

«Se le reprochó la extravagancia de su opinion; pero el autor no se
«justificó. Probablemente no le ocurrió por el momento que el expe-
«rimiento se habia hecho ya, y que lo refiere la mas fidedigna historia,
«la santa Biblia: de otra manera, me parece que habria fundado su té-
«sis en esta autoridad irrecusable.

«Al Sér Supremo plugo educar una familia, y hacer de ella un
«gran pueblo. Despues de haberlo libertado de la servidumbre por
«medio de muchos milagros realizados por Moisés su siervo, Dios dió
«á este siervo escogido, en presencia de toda la nacion, una Constitu-

«cion y un Código que el pueblo debía observar. Este Código tenia
«por apéndice y por sancion la promesa de grandes recompensas, la
«amenaza de severos castigos, como consecuencia de su observancia ó
«de su violacion.

«Esta Constitucion, aunque presidida por la divinidad (y es por eso
«que la denominan Teocracia los publicistas), no podia ejecutarse sino
«por intermedio de los ministros de Dios: fué por esto que Aaron y
«sus hijos, lo mismo que Moisés, fueron instituidos *primeros minis-*
«*tros del nuevo gobierno.*

«Era de esperar que un pueblo agradecido hubiera recibido gusto-
«so el nombramiento de hombres que se habian hecho conocer procu-
«rando la libertad de la nacion, y que habian expuesto su vida, ope-
«niéndose abiertamente á la voluntad de un monarca poderoso, que
«queria retener al pueblo en la esclavitud. Habria podido creerse tam-
«bien, que una Constitucion hecha expresamente para ellos por la di-
«vinidad, tendria unánime aprobacion. Pero es el caso que en cada una
«de las trece tribus se hallaban gentes descontentadizas é inquietas
«que excitaban continuamente al pueblo á desechar el nuevo gobier-
«no, por diversidad de motivos.

«Algunos conservaban afeccion al Egipto, país de su nacimiento, y
«estos, así que se presentaba el menor inconveniente ó dificultad, *efec-*
«*to natural é inevitable de todo cambio de situacion,* se quejaban de
«sus gefes, los hacian autores del mal, y no solo querian volverse á
«Egipto, sino apedrear á sus libertadores.

«Los que se inclinaban á la idolatría, murmuraban porque se habia
«destruido el *vellocino de oro.* Muchos gefes pensaban que la nueva
«Constitucion seria nociva á su interes particular, y que *los amigos y*
«*parientes de Moisés y de Aaron serian preferidos en los empleos*
«*mas ventajosos.*

«Josefo, y el Talmud nos dan sobre esto ciertos detalles que no se
«encuentran en la Escritura, y nos dicen que Corah, aspirante al sa-
«cerdocio, y envidioso de que se lo confriesen á Aaron, se quejó de
«que Moisés, *empleando ciertos manejos,* hubiese obtenido *fraudulen-*
«*tamente el gobierno, privando al pueblo de sus libertades,* y conspi-
«*rando con Aaron, para perpetuar la tiranía en su familia.* Así, aun-
«que el verdadero motivo de Corah fuese el de suplantar á Aaron,

«persuadió al pueblo de que no le llevaba mas objeto que el del bien
«público.

«El pueblo, seducido por sus insinuaciones, empezó á quejarse; Moi-
«sés fué acusado de ambicion y de *peculado.* De esto último no ha-
«bia prueba; entretanto *los hechos ciertos* son susceptibles de prueba
«por su misma naturaleza. Pero estas acusaciones encuentran siempre
«eco entre la multitud, porque no hay acusacion mas fácilmente he-
«cha, ni aceptada por los pillos, que la acusacion de pillería.

«Finalmente, doscientos cincuenta de los principales *famosos entre*
«*las tribus,* hombres de reputacion, se pusieron á capitanear la mul-
«titud que excitaban, y la llevaron hasta el frenesí gritando: *Apedread-*
«*le, apedreadle para garantir nuestras libertades.*

«De todo esto se infiere que los israelitas eran un pueblo celoso de
«su libertad nuevamente conquistada: este celo no es en sí mismo un
«defecto; pero dejándose llevar por hombres intrigantes que hablaban
«de *interes público pensando en el suyo,* el pueblo de Israel se atra-
«jo las mayores desgracias.

«Esta misma historia inapreciable nos enseña tambien, que despues
«de una serie de siglos, cuando esa Constitucion envejeció y se cor-
«rompió, cuando trataron de su reforma, el populacho, cuyos antepa-
«sados habian acusado á Moisés de ambicion de mando gritando: *Ape-*
«*dreadle, apedreadle,*» excitado por el gran sacerdote, y por los es-
«cribas, acusó al Mesías de quererse hacer rey de los judíos, gritan-
«do: *Crucificadle, crucificadle.*

«De lo que podemos inferir, que la oposicion de la multitud á una
«medida pública, no es siempre prueba de que esta sea mala, aun cuan-
«do la oposicion sea excitada y dirigida *por hombres distinguidos.*

«Yo no deduciré de esto que nuestra convencion general haya sido
«inspirada por la divinidad, puesto que encuentra tan irracional ope-
«sion; pero confieso que me asiste tal fé en el gobierno general del
«mundo por la Providencia, que no puedo concebir que un acto tan
«importante para la felicidad de muchos millones de hombres que exis-
«ten hoy, y que formarán una gran nacion, que ese acto, digo, haya
«podido verificarse sin influencia, direccion y gobierno de ese Señor
«Todopoderoso, Omnipresente, siempre Bueno, en el cual todos los sé-
«res inferiores viven, obran y existen.»

Franklin alcanzó á ver plantear la Constitucion, y en una carta que escribia á Washington en 1789, al principio de su presidencia, le decia: «Por lo que hace á mi propio interes, mejor me valiera haber «muerto dos años ha, porque de entónces acá sufro atroces dolores: «no me pesa con todo haberlos vivido, pues, me es dado contemplar el «presente.—Termino mis ochenta y cuatro, y probablemente mi vida «terrenal; pero cualquiera que sea el puesto que me quepa mas allá «de la vida, si se conserva memoria de lo que pasa en la tierra, con- «servaré la estimacion, el respeto y el afecto con que he sido amigo «vuestro por tanto tiempo.»

«En su testamento legó á Washington su baston: *«Lego, dice, mi «baston de manzano silvestre, con un hermoso puño de oro represen- «tando el gorro de la libertad, á mi amigo, al amigo del género hu- «mano, al general Washington. Si fuese un cetro, seria digno de fi- «gurar en su mano.»*

¡Veis lo que son los hombres que hicieron la Constitucion america-
nal ¡cuán diferentes ¡ay! por el buen lado, de los de la revolucion fran-
cesa! En esta solo encontramos partidos que se hacen encarnizada-
mente la guerra, gente que sostiene cada cual su sistema, inexorables
para con los que disienten. No hablo de la diferencia entre girondinos
y jacobinos, si bien, á decir verdad, cuanto mas he querido explicár-
mela, ménos he acertado á descubrir en lo que consistia: no puedo to-
mar á lo serio esa acusacion de *federalismo*, inventada para guillotinar-
los; no puedo absolutamente ver lo que separa políticamente á Danton
de Robespierre, ni ménos apereibir en sus sangrientas luchas otra co-
sa, sino ódios furiosos y rastrera rivalidad: lo que divide á estos hom-
bres no son ideas, sino pasiones, de que la Francia es víctima.

Por el contrario, mirad lo que pasa en América: la Constitucion no
satisface á nadie. Hamilton, que habia sido el primer autor de la reu-
nion, declara que ninguno está ménos satisfecho de ella que él mismo:
segun su modo de ver, la Constitucion era demasiado democrática; no
lo era bastante para Franklin: Washington desconfiaba de su éxito.
Randolph votó contra ella. Nadie creyó en su éxito; pero ¿se asocia-
ban acaso estos hombres para derribar ese edificio vacilante, exponién-
dose á perder el país entregándole á la anarquía? No.—Todos esos
hombres eran patriotas, avezados á los negocios públicos; todos pro-

fesaban la misma idea. «Ensayemos la Constitucion, y á fuerza de bue-
na voluntad corregiremos sus defectos.»

Gran leccion, señores, que nos enseña que no hay Constitucion al-
guna que no pueda producir libertad, cuando la ejecutan hombres de
corazon, deseosos ante todo del bien público. Este es el gran mérito
de la revolucion americana, que ha traído al mundo un noble ejemplo,
el de los hombres de bien, divididos en opiniones, pero unidos por el
patriotismo, sin otro pensamiento que el de asegurar la libertad en su
país. Ved aquí la grandeza de los Hamilton, de los Madison, de los
Franklin, y ántes que nadie de Washington.